

Tres viejos tópicos evolutivos

Jesús PALACIOS GONZÁLEZ

Universidad de Sevilla

Como ocurre con las demás realidades de la vida y de la ciencia, la Psicología Evolutiva está ella misma sometida a constantes modificaciones, a un proceso evolutivo. Es por ello por lo que sus contenidos, lejos de ser inmutables, sufren las transformaciones derivadas de los nuevos datos empíricos que la investigación descubre y de las nuevas reflexiones teóricas que en torno a tales datos se articulan. Las cuestiones que abordamos en estas páginas ilustran claramente el proceso de cambio que se da en la Psicología Evolutiva en cuanto que estudiosa del cambio y lo hacen en un área particularmente importante como es la de la conceptualización misma de en qué consiste el proceso evolutivo, de su alcance y dimensiones. A este propósito, vamos a reflexionar críticamente sobre tres tópicos bien establecidos a lo largo de buena parte de la historia de la Psicología Evolutiva y bien superados en la actualidad: el tópico de la irreversibilidad de la experiencia temprana, el tópico de la estabilidad psicológica durante la adultez y el tópico del deterioro conductual inevitable consecuente al envejecimiento.

En relación con la primera de las creencias estereotipadas recién enunciadas, se ha pensado durante mucho tiempo que existe en las experiencias tempranas una suerte de cualidad que las hace irreversibles; de acuerdo con tal punto de vista, lo que sucede en los primeros años del desarrollo de una persona tiene importancia no sólo en sí mismo, sino en cuanto que constituye una especie de prefiguración de lo que ha de ser el futuro de dicha persona, cuyas posibilidades intelectuales, cualidades sociales y actitudes emocionales se piensan más o menos establemente determinadas en los primeros años de la vida (la expresión “primeros años” suple aquí a una variedad de contenidos: los 2 primeros años, los 5 ó 6 primeros años, los 1 u 11, etc., según diversos puntos de vista; para lo que aquí vamos a defender, esta concreción no es de vital importancia).

De acuerdo con la segunda de las creencias que aquí cuestionamos, el proceso de cambio psicológico afecta sólo a los niños y los adolescentes; se supone, por contra, que la madurez es sinónima de estabilidad y que, en consecuencia, lo esencial de proceso evolutivo ya se ha jugado cuando el niño se ha hecho un hombre y la niña una

mujer, es decir, pasada la adolescencia. La adultez sería así como una especie de *aurea mediocritas* ovidiana, en la que el adulto vive a expensas de lo que fue su pasado desde el punto de vista psicológico. Nótese que esta creencia no es incompatible con la anterior, pues se piensa que el adulto que logra su madura estabilidad lleva dentro de sí -usualmente en el inconsciente- el niño que fue, con las indelebles marcas de las frustraciones o los placeres que experimentó. Obsérvese, finalmente, que la creencia en que los adultos no cambian se ha reflejado hasta muy recientemente en los índices de los manuales de Psicología Evolutiva, que se detenían al final de la adolescencia.

Por último, el estereotipo correspondiente a la vejez quiere, de una parte, que la vejez es sinónima de deterioro de forma irremediable y, de otra, que las diferencias interindividuales tienden a desaparecer con el envejecimiento (para decirlo claramente, que los viejos se parecen tanto más los unos a los otros cuanto más viejos son). Ambas creencias reflejan una misma idea de fondo: mientras, según los tópicos ya enunciados, los niños y adolescentes evolucionan y los adultos se estabilizan, los ancianos in-volucionan y se deterioran.

El cuadro evolutivo de conjunto que sale de la confluencia de estos tres estereotipos adopta, pues, la forma de una pendiente ascendente (infancia y adolescencia), una larga meseta (adultez) y una pendiente descendente (vejez). Un cuadro excesivamente simple y simétrico para reflejar fielmente una realidad tan compleja y asimétrica como es el proceso evolutivo humano. Examinamos a continuación algunas de las evidencias de que disponemos que apuntan contra la credibilidad de cada uno de los tres tópicos.

A propósito de la irreversibilidad de las experiencias tempranas

Curiosamente, algunos de los datos más convincentes en contra de la supuesta irreversibilidad de las experiencias tempranas, proceden de la investigación con animales. Y decimos “curiosamente” porque fue de la investigación

con animales de donde salieron algunos de los apoyos más firmes a favor de dicha irreversibilidad. Pensemos, por ejemplo, en las investigaciones célebres de los Harlow con *rhesus*, o en los trabajos de improntación realizados por Hess con patos recién nacidos. Los trabajos posteriores de Harlow, por un lado, y Hess, por otro, han mostrado cómo los trastornos de monitos criados en aislamiento en su primera infancia remiten o incluso desaparecen tras su ubicación en un grupo de monos algo mayores, y cómo los patitos recién nacidos que habían sido improntados por un adulto tras 20 horas de exposición a su presencia, pasaban después a ser improntados por una pata tras sólo hora y media de exposición a ella.

Otra evidencia que se suele aportar a favor de la irreversibilidad de las experiencias tempranas es la de los niños llamados salvajes; el hecho de que de estos niños selváticos sólo se pudieran sacar algunos aprendizajes muy rudimentarios cuando fueron encontrados (típicamente en torno a los 6-7 años), se ha solido ver como un apoyo firme a la irreversibilidad de las experiencias tempranas. La verdad es que es muy poco -si algo- lo que podemos concluir sobre la base de los datos disponibles en torno a los niños selváticos; sobre ellos lo desconocemos casi todo: los informes que nos han llegado son poco fiables y tenemos fundadas razones para pensar que los métodos que se utilizaron para intentar humanizarlos no fueron, en general, los más adecuados. Por el contrario, los datos disponibles de un caso reciente y mucho mejor documentado (una niña americana que había vivido prácticamente en aislamiento total hasta los 13 años y medio) son más optimistas y demuestran no sólo las potencialidades de la naturaleza humana, sino el progreso de la ciencia (tras seis años de estancia en un ambiente familiar normal y un tratamiento muy bien planificado y controlado, la niña ha desarrollado un cierto lenguaje, ha aprendido ciertas destrezas sociales, expresa algunas emociones, toma el autobús todos los días para ir a la escuela y logra puntuaciones próximas al promedio en algunas pruebas manipulativas del WISC).

Uno de los autores más firmemente convencido de la importancia crucial de las experiencias de la primera infancia fue, sin lugar a dudas, Freud, cuyos puntos de vista sobre la materia han ejercido, quizá, mayor influencia que los de cualquier otro. Como ha señalado no hace mucho Schaffer (1977), los datos sobre los que Freud estableció su teoría fueron más bien indirectos, ya que procedían de los “recuerdos” de pacientes adultos y la investigación empírica sistemática de las hipótesis de trabajo de Freud no siempre ha llevado a su confirmación (ello no quiere decir necesariamente que tales hipótesis sean falsas, sino que hasta el presente no han hallado verificación empírica suficiente a pesar de los múltiples intentos realizados en este sentido).

Las evidencias empíricas más consistentes de que disponemos apuntan más bien en otra dirección. Han sido

muchos los trabajos de investigación que se han realizado sobre niños que han pasado su primera infancia en condiciones muy difíciles (desde el punto de vista de su alimentación, estimulación cognitiva, intercambios emocionales y sociales) y que después, a los dos, los tres, los cuatro o los cinco años, fueron situados en ambientes más adecuados, estimulantes y positivos (con mucha frecuencia a través de la adopción); las recuperaciones a veces asombrosas logradas por estos niños superan con mucho las que se hubieran previsto desde la hipótesis de la irreversibilidad de la experiencia temprana.

En la misma dirección, Kagan (1979) ha informado de estudios transculturales por él realizados comparando niños americanos y guatemaltecos; en Guatemala tuvo ocasión de analizar niños de tres muestras muy diferentes (unos criados prácticamente en aislamiento y sin ser sacados de sus chozas hasta la edad de un año y medio o dos, otros criados en mejores condiciones en un poblado aislado y, finalmente, otros criados en la ciudad). Las notables diferencias que entre ellos se observaban a los 12 ó 16 meses prácticamente se habían borrado cinco años después; los niños criados en casi aislamiento en el interior de sus chozas, por ejemplo, experimentaban un cambio muy notable a partir del momento en que empezaban a andar (más tarde que los otros) y se les permitía entrar en contacto con el mundo exterior.

La información más fiable de que disponemos implica que el bebé humano tiene una enorme capacidad para el cambio y, en consecuencia, para la elasticidad de sus características psicológicas, a condición de que el ambiente cambie en el caso de que un ambiente nocivo para el desarrollo se convierta en más propicio. Los datos disponibles no apoyan la creencia de que ciertos acontecimientos de la primera infancia marquen irreversiblemente todo el desarrollo posterior. Lo que esos datos reflejan es el hecho de que con mucha frecuencia atribuimos al sujeto una continuidad que no radica tanto en sus supuestas esencias indeleblemente marcadas, cuanto en un entorno que con la recurrencia invariable de su acción sobre el sujeto determinó en el pasado la misma conducta que está determinando en el presente y que ha venido determinando en el tránsito de aquel a éste. No se descubre ningún mediaterráneo si se afirma que lo difícil con muchísima frecuencia (y lo desesperante siempre) no es cambiar al sujeto, sino cambiar el ambiente que le rodea y determina. Lo que se acaba de decir no debe ser interpretado para elaborar un tópico de sentido opuesto al que se pretende combatir; quiere ello decir que sería incorrecto deducir que lo que ocurre en los primeros años carece de importancia para el futuro de una persona. Así, la información que presentamos en modo alguno implica que se pueda descuidar a los niños pequeños con la excusa de que ya se recuperarán cuando sean mayores. Los niños también se recuperan de los resfriados y sin embargo no es aconsejable sacarlos al balcón desnudos a celebrar la Nochevieja. A lo único que deseamos invitar

desde aquí es a mantener una actitud más crítica ante la versión fuerte de la hipótesis de la irrevocabilidad de lo sucedido en los primeros años; pensar que no hay ninguna relación entre estas primeras experiencias y las posteriores tal vez sea, por otra parte, tan poco acertado como lo era el concepto de la irreversibilidad total e inevitable (para una exposición más detallada, ver Marchesi, Palacios & Carretero, 1983).

¿Es la madurez sinónimo de estabilidad?

Buena parte de la responsabilidad de la visión estereotipada que pretende que los adultos no cambian o que, en todo caso, si cambian es (¡ay!) en el sentido del decremento, radica en una serie de estudios sobre el funcionamiento intelectual de sujetos adultos. Algunos de estos estudios han encontrado un lento decremento en la capacidad intelectual entre los 30 y los 60 años, otros han hallado una estabilización a lo largo de toda la adultez y la senectud y otros, por fin, una estabilización durante la adultez seguida de un decremento en la vejez. En los últimos años este tipo de investigaciones ha sido fuertemente criticado (y hasta desarticulado, si se nos permite una expresión tal vez más adecuada) por sus aparatosas deficiencias metodológicas: utilización del método transversal, inadecuado para captar diferencias generacionales; tipo de conductas elegidas para realizar las mediciones, tanto en lo relativo a su validez interna como a la externa, etc.

Los cambios durante la adultez, como han demostrado múltiples investigaciones, son una variable dependiente de la salud, la educación, el status socioeconómico y las variables ecológicas e históricas. Si las condiciones de estas variables son normales, tienen lugar cambios cognitivos a lo largo de la adultez. A este respecto, las ideas de Piaget sobre que el desarrollo de las estructuras intelectuales culmina en la adolescencia han sido repensadas por él mismo (Piaget, 1972) y por una pléyade de investigadores tras él.

Pero los cambios no se producen sólo en el dominio cognitivo. Es bien conocido, por ejemplo, que Erikson (1959) formuló una serie de estadios para el desarrollo de la personalidad durante la adultez; a medida que van cambiando los roles sociales, a medida que se producen logros y fracasos en la vida personal y profesional, a medida que el cuerpo mismo se va transformando, las modificaciones no dejan de producirse. La teoría de los roles predice cambios actitudinales y conductuales importantes durante la adultez en relación con la secuencia de posiciones sociales cambiantes y con sus implicaciones. Esta secuencia tiene algunos aspectos generalizables: entrada en una profesión, formación de una familia, convertirse en padre o madre, esfuerzos por mejorar el estatus profesional, conflictos planteados por la independencia de los hijos jóvenes, transición de “una familia joven” a una “familia de mediana edad”, etc.

Diversos estudios longitudinales, como los llevados a cabo en Alemania desde el final de la primera guerra mundial hasta finales de los años 60, han puesto de manifiesto que a lo largo de la juventud y la adultez hay una serie de puntos claves en torno a los cuales se producen la mayor parte de los cambios en la personalidad, cambios que tienen relación, como se ha indicado, con los que se producen en la estructura familiar, en la vida profesional, pero también con los acontecimientos histórico-políticos (las dos grandes guerras: crisis económica, persecución política, etc.). A este tipo de influencias sobre el desarrollo, que son normativas desde el momento en que abarcan e implican a grandes grupos de población, hay que añadir las influencias no-normativas, las que son particulares de cada individuo (haber sufrido un grave accidente o padeciendo una determinada enfermedad, por ejemplo).

En realidad, y en contra del tópico que criticamos, los cambios en la adultez no sólo son posibles, sino que se hacen estrictamente necesarios para la adaptación y la supervivencia; como ha señalado Thomae, *la persona madura, que permanece sin cambiar ni moverse ante los retos, amenazas y oportunidades que se le presentan, carece de realidad psicológica* (1979, p. 294).

Al igual que los argumentos en contra de la irreversibilidad de la experiencia temprana podían llevar a pensar erróneamente que lo que sucede en los dos o tres primeros años de la vida carece de importancia, los argumentos a favor del cambio en la edad adulta podían hacer creer que no se conserva en ella traza alguna de estabilidad, creencia que sería, obviamente, errónea. La estabilidad existe también y los estudios clásicos han insistido tanto en ella que apenas necesita ser sugerida; son innumerables las medidas de personalidad, de inteligencia, de intereses, destrezas, etc. que han demostrado poseer niveles elevados de estabilidad. Lo que aquí hemos intentado señalar es que esa estabilidad no es sinónimo de rigidez y de incapacidad de cambio y que además está sujeta a tantas transformaciones como requieran las condiciones de existencia, los acontecimientos personales, familiares, profesionales, históricos, etc., con que cada persona se enfrenta a lo largo de sus años adultos.

¿Pero también los viejos cambian?

Como ya señalamos, el tópico correspondiente a la vejez es doble: por un lado, se sostiene que vejez y deterioro son sinónimos; por otro, que las personas son más parecidas las unas a las otras cuanto más viejas son (cuanto más deterioradas están). Las dos afirmaciones necesitan ser revisadas a fondo.

Se debe decir, en primer lugar, que el envejecimiento físico no tiene las mismas consecuencias en todas las funciones biológicas; algunas de ellas pasan de un valor 100 a los 30 años a un valor 40 a los 80 años (capacidad respiratoria máxima); otras, sin embargo, pasan de 100 a 90,

por término medio, en el mismo período de tiempo (velocidad de conducción nerviosa) (ver Hultsch & Deutsch, 1981, para una exposición que, por más extensa, es más rigurosa). En todo caso, los efectos del envejecimiento físico sobre la conducta no son lineales y dependen de un conjunto de factores entre los que destaca la presencia o no de enfermedades que sean especialmente nocivas para las neuronas (arteriosclerosis, por ejemplo). No obstante, es abundante la literatura que habla de una ausencia de relación puntual entre la enfermedad cerebral y la conducta de los ancianos. Al parecer, con cierta frecuencia las autopsias de personas con evidencias de trastornos mentales en la senectud no dan como resultado la presencia de altos niveles de atrofia, mientras que personas cuyos cerebros han evidenciado en la autopsia deterioros severos, no habían manifestado trastornos conductuales importantes.

Hay ya muchas investigaciones que muestran que el desempeño cognitivo de los ancianos en las pruebas psicométricas típicas y en investigaciones de laboratorio, puede ser un mal indicador de sus capacidades reales. En primer lugar, los supuestos déficits ligados al envejecimiento se han mitigado enormemente en estudios que se han servido de tareas de tiempo de reacción, de inteligencia fluida o de pruebas piagetianas. Está, en segundo lugar, el hecho de que lo que parecen ser déficits en exámenes superficiales pueden en realidad ser un reflejo de factores no cognitivos ante las pruebas (ansiedad, fatiga, precaución, rechazo de la conducta de hacer suposiciones cuando no se está seguro...).

La gran mayoría de las investigaciones más fiables sugieren que el declive mental de la vejez es una variable que depende más del aumento de las enfermedades que del aumento de la edad. Desde este punto de vista, los factores fisiológicos explican variaciones conductuales sólo en la medida en que adquieren valores anormales críticos, como sucede en el caso de determinadas enfermedades. En la medida en que tales factores fisiológicos permanezcan dentro de unos niveles normales, son base suficiente para una conducta normal y, por lo tanto, capaz de modificarse si es preciso; una vez que se traspasan ciertos límites, las dificultades para el cambio adaptativo parecen ser inevitables.

Parece sencillamente falsa la suposición de que los viejos se parecen más los unos a los otros. Las diferencias evolutivas interindividuales que habían ido existiendo a lo largo de la vida no sólo no desaparecen, sino que pueden llegar incluso a acentuarse. Los seres humanos presentan una amplísima variedad en los patrones y pautas

de envejecimiento, tanto en lo fisiológico como en lo conductual.

La optimización como posibilidad permanente

En realidad, el punto de vista clásico en el que se agrupaban los tres tópicos que hemos criticado era notablemente pesimista sobre la naturaleza humana. Por el contrario, el que se desprende de las nuevas concepciones de la Psicología Evolutiva es más esperanzador, en cuanto que defiende la posibilidad del cambio como una realidad que está siempre presente; esa posibilidad entraña, por otro lado, una importante responsabilidad para los poderes públicos y para los científicos sociales, responsables los unos de canalizar fondos hacia programas de optimización del desarrollo a todas las edades, y los otros de diseñar y llevar a la práctica esos programas. El destino final de la humanidad puede ser más esperanzador que el que a veces nos sugieren las imágenes televisadas de algunos ancianos belicosos y célebres que nos son contemporáneos. La posibilidad del cambio existe, pero hay que tener voluntad de hacerlo y hay que saber cómo hacerlo; lo que no es justo es echar la culpa a la naturaleza humana, al carácter irreversible de las experiencias tempranas, a la *aurea mediocritas* de los adultos o a la supuesta decrepitud psicológica de los ancianos. Por la Psicología Evolutiva que no quede.

Referencias

- Erikson, E. (1959) Identity and the life cycle: selected papers. *Psychological Issues*, 1, 50-100.
- Hultsch, D.E., & Deutsch, F. (1981) *Adult development and aging. A life-span perspective*. Nueva York: Mac Graw Hill.
- Kagan, J. (1979) *The growth of the child*. Londres: Methuen.
- Marchesi, A., Palacios, J., & Carretero, M. (1983) Psicología Evolutiva: problemas y perspectivas. En A. Marchesi, M. Carretero y J. Palacios (comps.) *Psicología Evolutiva. Vol. 1: Teorías y métodos*. Madrid: Alianza Universidad.
- Piaget, J. (1972) Intellectual evolution from adolescence to adulthood. *Human Development*, 15, 1-6 (Trad. cast. en J. Delval (comp.) *Lecturas de psicología del niño*. Vol. 2. Madrid: Alianza Universidad. 1978).
- Schaffer, H.R. (1977) *Mothering*. Londres: Open Books (Trad. Cast. *Ser Madre*. Madrid: Morata. 1979).
- Thomae, H. (1979) The concept of development and life-span developmental psychology. En P.B. Baltes y O.G. Brim (Eds.) *Life-span development and behavior. Vol. 2*. Nueva York: Academic Press.